



domingo 1 de febrero de 2004

Opinión - La tercera

TRANSICIÓN POLÍTICA EN IRAK

Por FERNANDO DÍEZ MORENO. Secretario de Estado de Defensa. Comisionado del Gobierno para Irak

IRAK es un reto estratégico, que implica la posibilidad real de que el pueblo iraquí acceda por primera vez en su Historia a un régimen de libertades y de democracia.

Es un reto. Es una apuesta. Si se pierde, pasarán muchos años antes de que pueda darse una nueva oportunidad. Si se gana, el pueblo iraquí podrá gozar de las ventajas que ya tienen otros pueblos, de acuerdo con sus propias características y configuración religiosa y social.

Es estratégico. Si se pierde, los países de la zona verán robustecidos sus regímenes políticos, cuasi medievales, en los que la esclavitud de la mujer no es, ni mucho menos, el único problema. Si se gana, se producirá una conmoción, un aldabonazo de tan incalculables como positivas consecuencias.

En los últimos 25 años se han producido en el mundo otros procesos de transición política. En España, sin ir más lejos, tardamos tres años en tener una Constitución y todos recordamos el precio, incluido el de sangre, que hubo que pagar.

En el Centro y Este de Europa, países como Azerbaijan, Albania, Bulgaria, República Checa, Georgia, Estonia, Hungría, Kazakhstan, Letonia, Lituania, Macedonia, Mongolia, Moldavia, Polonia, Rumania, Eslovaquia, y Ucrania han tenido también una transición política no exenta de dificultades.

En Hispanoamérica conocen muy bien lo que es la transición política a la democracia países como Honduras, Nicaragua, El Salvador, República Dominicana o Paraguay.

Estos países no han sido mencionados al azar, porque son 22 de los 34 países que en este momento han desplazado, o están en trance de hacerlo, contingentes militares a Irak para ayudar en el proceso. Todos ellos han sabido lo difícil que es una transición a la democracia sin ayuda de la comunidad internacional, y cumplen el deber moral de corresponder a la ayuda recibida.

Como todo proceso de transición política, hay enemigos internos y externos. Nostálgicos del régimen anterior, enemigos de los modos y cultura occidentales, organizaciones terroristas globales, países limítrofes (véase en el mapa los que rodean a Irak), harán todo lo posible, incluida la violencia más brutal, para que el proceso no concluya con éxito. No es nuevo.

Pero se confundiría quien creyese, dejándose llevar de sus fobias o aversiones

personales, especialmente contra USA, que esta violencia se ha desencadenado contra los países aliados ocupantes de Irak. La situación no cambiará en la hipótesis de que la ONU decidiera enviar una fuerza multinacional. Serían también objetivos a batir, como lo es la Cruz Roja, la Policía iraquí o los empresarios que colaboran en la reconstrucción.

La violencia y el terrorismo permanecerán en Irak durante muchos años. La cuestión es saber, como ha ocurrido en tantos países, si conseguirán frustrar el proceso, o vencerá la democracia.

España está ayudando a Irak en su proceso de transición, fiel a su memoria histórica. Ayuda en su reconstrucción institucional, participando y apoyando el calendario consensuado y notificado al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. En febrero de este año habrá una Constitución provisional. En marzo se definirá el «status» de las Fuerzas Armadas de otros países en el terreno. En mayo se elegirá, de manera indirecta, una Asamblea Constituyente. Se formará un Gobierno provisional que asumirá con plenitud la soberanía. Se elaborará una Constitución que se someterá a referéndum y se celebrarán unas elecciones Generales antes de diciembre de 2005.

Ayudamos también en la reconstrucción del aparato gubernamental, a través de expertos civiles y militares, en muy diversas áreas, cuya labor discreta, cuando no silenciada, no resta méritos a su eficacia y heroísmo.

Ayudamos en la reconstrucción económica, habiendo organizado la Conferencia de Donantes que ha permitido crear un Fondo fiduciario administrado por Naciones Unidas y el Banco Mundial. A él se une el Fondo creado por la Resolución 1483, que se nutre de los ingresos del petróleo y se administra por el Banco Central de Irak, sin que los americanos perciban un solo dólar, por mucho que se utilice el tópico como justificación del conflicto. Ninguno de estos Fondos excluye las ayudas bilaterales en proyectos que cada país concierte, o la ayuda humanitaria que prestamos a través de la AECI (Agencia Española de Cooperación Internacional).

Ayuda, en fin, con un contingente militar integrado con cuatro países Centroamericanos (escenario único en nuestra historia) en la Brigada Multinacional «Plus Ultra».

Pero esta ayuda de España, al igual que la que prestan otros muchos países, no se entiende si se pierde de vista que el objetivo final es el establecimiento en Irak de un sistema de libertades y de democracia, que acabe con más de 25 años de tiranía brutal que ha sumido en la pobreza a un país rico, que ocupa el penúltimo puesto del Índice de desarrollo humano que elabora Naciones Unidas.

Un sistema de libertades que se darán a sí mismos los iraquíes, carentes de cultura de partidos políticos, pero con una organización tribal y religiosa enraizada.

Un objetivo final que no será posible conseguir sin la ayuda exterior.

Pocos procesos de transición a la democracia han sido incruentos. España pagó su precio de sangre en nuestros propios conflictos. Y lo ha pagado por

ayudar a conseguir la libertad a otros pueblos. Veintiséis españoles han dejado su vida en los Balcanes. Sesenta y dos españoles murieron, víctimas de un accidente, al regresar de la misión en Afganistán. Nueve vidas se han cobrado ya la violencia y el terrorismo en Irak.

Ninguno de estos sacrificios supremos se entenderían, ni se justificarían, si nos negásemos a aceptar que con ellos han contribuido a la llegada de la libertad y de la democracia en esos países.